

El positivismo argentino: una mentalidad en tránsito en la Argentina del Centenario.

Rosa María MARTÍNEZ DE CODES
Universidad Complutense

I. *Caracterización del positivismo filosófico*

El interés por las corrientes filosóficas que predominaron durante el siglo XIX en la América Española, especialmente por el positivismo, es notable, no sólo en la bibliografía hispanoamericana, sino también en la literatura europea del siglo pasado ¹.

El positivismo, en cuanto etapa o período con una visión unitaria de la realidad, mantiene aún hoy día para los historiadores una atracción enorme. Desde el punto de vista de la historia de las ideas, se podría afirmar que «desde la Edad Media la humanidad occidental no había logra-

¹ Resulta sorprendente comprobar la abundancia de noticias en ciertos países de Europa en relación con el positivismo hispanoamericano. En 1881 una obra, en polaco, ponía de relieve la influencia de esta doctrina en América, S. SMOLIKOVSKY: *La Doctrina de Augusto Comte sobre el Estado Social. Tomo I: Desarrollo del Positivismo en Europa, Asia y en América*, Varsovia, 1886. Años después el historiador alemán GRUBER recogía el desarrollo del positivismo brasileño y cubano en una obra traducida al francés: *Le positivisme depuis Comte jusqu'a nos jours*, París, 1893. Fueron, no obstante, las publicaciones periódicas de los grupos positivistas europeos donde aparecen con mayor frecuencia comentarios y noticias sobre el movimiento positivista en los principales países de América. En concreto la revista *La Philosophie Positive* dirigida por Emile LITTRE publica noticias enviadas por los positivistas hispanoamericanos de Chile, J. LAGARRIQUE: «La Philosophie Positive en Chile», núm 5, París, mars-avril, 1876, de Brasil, M. LEMOS: «Lettre á M. Littre», núm 2, París, septembre-octobre, 1878 y de México, «Nouvelles de la Philosophie Positive». Sobre el positivismo chileno en particular existen un número considerable de folletos en francés de Juan y Jorge LAGARRIQUE, fieles comtistas ortodoxos, cuyas ideas recoge el célebre comtista inglés Malcolm QUIN en su obra: *Memoires of a Positivist*, London, 1924.

do en cuadro del mundo tan satisfactorio y amplio, una serie tan conexas y armoniosas de creencias»².

Suele ocurrir en la evolución de las ideas que una dirección de pensamiento presenta una larga vida con episodios variables. Uno de ellos, el más sobresaliente por diversas causas, marca el momento en que esa corriente pasa por el eje central de la vida del tiempo, contribuye en lo esencial a crear y mantener el ambiente espiritual de la época. Este fenómeno se dio en el positivismo que como movimiento gozó de una larga tradición y que, sin duda, tuvo en la etapa central del siglo XIX europeo su coyuntura histórica.

Ahora bien, bajo la designación de positivismo se esconden varias posturas; detrás de la concepción unitaria del mundo que ofrece se observa el predominio de ciertos puntos de vista, de determinadas actitudes y preferencias que difieren profundamente por algunos respectos del propio positivismo y por otros se aproximan al mismo.

Para el historiador de la filosofía Francisco Romero la etapa positivista es «una de las épocas de la espiritualidad occidental, el tramo del siglo XIX que tiene su centro hacia la mitad de la centuria, y cuyos límites —indecisos, como es natural— suelen fijarse, de un lado, en los comienzos del segundo tercio del siglo, y del otro, alrededor del 70 u 80»³.

El positivismo genuino, el de Comte y Stuart Mill, aunque presenta modalidades y actitudes particulares⁴, se puede considerar una prolongación actualizada del empirismo de los siglos XVII y XVIII. Su desinterés por indagar las causas últimas de los fenómenos lo reduce exclusivamente al ámbito de la experiencia.

Para Comte, cuando el espíritu humano alcanza la actitud positiva reconoce la imposibilidad de obtener nociones absolutas y se limita a descubrir, mediante el empleo conjunto del razonamiento y la observación, sus leyes efectivas, es decir, las relaciones constantes de sucesión y similitud. Ello implica una renuncia absoluta a la metafísica y un deseo de una organización filosófica distinta, entendida como un saber de los hechos y sus conexiones.

La etapa positivista, dentro más o menos de las fronteras señaladas por Romero, no se caracteriza exclusivamente por las tesis y actitudes po-

² Fco. ROMERO: *Filosofía de la persona y otros ensayos de filosofía*, Buenos Aires, 1961 p. 131.

³ *Ibidem*, p. 121.

⁴ A. COMTE inició la publicación de su *Cours de philosophie positive* en 1830 y la terminó en 1842. Por su parte, J. STUART MILL redactó su *Lógica* en 1843. En el libro VI de esta notable obra, MILL defendió los derechos de la psicología como ciencia del acontecer psíquico, denunciando como error los prejuicios de COMTE en contra de la introspección como fórmula científica válida. El saber científico de la psique se obtiene en la formulación comtiana de los informes objetivos de la biología y la sociología.

sitivistas mencionadas. Lo que proporciona el tono a este período es igualmente el *cientifismo materialista*.

El *cientifismo materialista*, promoción metafísica de la ciencia física, fue una convicción más o menos consciente, pero firmemente arraigada, de la índole absoluta y última de las entidades que utilizaba la ciencia de la época, especialmente la materia y la fuerza ⁵.

Los precedentes ideológicos de esta actitud los hallamos en los materialistas del siglo XVIII. Concebida por sus defensores como una filosofía superior en legitimidad y certeza a todas las profesadas con anterioridad, por basarse en los testimonio definitivos de la investigación científica, llegó a convertirse en el dogma central de la época.

Positivismo y materialismo cientifista se asocian fuertemente para crear el ambiente denominado positivista. Llama la atención que estas dos propensiones, que reanudan dos líneas del pensamiento del siglo XVIII, la empirista y la materialista, muestren en el siglo XIX una singular unidad y constancia dadas sus posturas diferentes ante la metafísica. La permanente referencia a la experiencia de los positivistas (postura netamente antimetafísica) contrasta con la universalidad y el absolutismo que los cientifistas atribuyen a los principios extraídos de las comprobaciones.

Dilthey, en su doctrina de las concepciones del mundo ⁶, señala, la unidad de ambas direcciones interpretándolas como manifestaciones diversas de una misma actitud ante el mundo, de una postura primaria que lo concibe como un mundo de cosas, como «naturaleza». Dentro del naturalismo, el materialismo constituye la afirmación dogmática y metafísica, y el positivismo, la actitud crítica y cautelara que no avanza más allá de la comprobación.

El historiador panameño Ricaurte Soler en su erudito trabajo sobre el positivismo argentino se inclina hacia esta concepción, aunque no utiliza su terminología al estudiar las diferentes modalidades del positivismo argentino: «Reconocemos que la expresión: positivismo argentino no es la más adecuada para designar este conjunto de direcciones filosóficas. Naturalismo habría sido, quizás, un término más adecuado. Sin embargo, desechar el término positivismo habría implicado desconocer una tradición terminológica fuertemente enraizada en la historiografía del pensamiento hispanoamericano y argentino» ⁷.

Las concepciones positivistas y científicas aparecieron en Europa en un momento determinado; tras el enorme auge, saciedad y cansancio

⁵ La obra más representativa de la época en que se expuso esta metafísica fue el libro de Luis BÜCHNER, *Fuerza y materia*, publicada en 1855, muy pronto traducido y difundido hasta llegar a contar con veintiuna ediciones alemanas hacia finales de siglo. Ello prueba su adecuación al sentir de la época.

⁶ W. DILTHEY: *Teoría de las concepciones del mundo*, Madrid, 1944.

⁷ R. SOLER: *El positivismo argentino*, México, 1979, p. 18.

de la actitud especulativa idealista y poética. Fue una reacción contra la gran filosofía del idealismo alemán de Fichte a Hegel y el espíritu romántico que animó este movimiento, dominante en el campo intelectual europeo con una profundidad y extensión desconocida con anterioridad en Europa ⁸.

La reacción contra el Romanticismo fue tan fuerte e inmoderada como la que años antes esta corriente había protagonizado contra el espíritu racionalista del siglo XVIII. No resulta pues extraño que el positivismo retomara caracteres del siglo XVIII. La ciencia se impuso por sus fueros, y quiso a su vez ocupar todo el campo del saber ⁹.

El lapso positivista adoptó la idea de desarrollo, pero al traducirla a su idioma racionalista la mecanizó. El mecanicismo, convertido en la expresión más profunda de la época, suponía que los fenómenos más oscuros y complicados revelarían su entramado mecánico cuando fueran suficientemente conocidos y aclarados.

La ciencia física con su claridad racional desemboca en el mecanicismo y ofrecía una explicación unitaria.

La aparición del *Origen de las especies* (1859), de Darwin y el amplio eco y difusión de sus principios biológicos anexionó al régimen mecánico el orden de la vida, y con él todo el mundo del espíritu y de la cultura. El biologismo —afirma Francisco Romero— fue «el magno aporte de Darwin, porque trae consigo la coronación y el perfeccionamiento del edificio mecanicista, que de tal suerte se completaba afirmándole como única y plena visión de la realidad, como interpretación científica por sus fundamentos y filosófica por su coherente vastedad y proyecciones» ¹⁰.

El auge del biologismo prendió si cabe con mayor fuerza entre los científicos argentinos, quienes al replantear los problemas filosóficos en función de los datos generales de la biología, los encerraron dentro del marco de los principios generales de las ciencias biológicas. Un claro exponente de esta postura fue el profesor Horacio G. Piñero, creador de uno de los primeros laboratorios de psicología experimental en la Facul-

⁸ FRANCISCO ROMERO en su estudio sobre *Alejandro Korn 1860-1936*, Universidad Nacional de la Plata, 1938, comenta que el movimiento idealista fue uno de los de mayor riqueza y más osado vuelo de toda la historia de la filosofía. Uno de los aspectos del dominio universal que ejerció esta filosofía consistió en el intento de supeeditar a ella las ciencias especiales. La filosofía natural conocida como «Naturphilosophie» no pretendía sólo prolongar metafísicamente la ciencia natural: quería reemplazarla. Véase la obra mencionada, p. 14 y 15.

⁹ La contraposición de corrientes de pensamiento indicada no invita a concebir una historia del pensamiento como una serie de etapas dialécticamente contrapuestas. Si bien es cierto que se pueden descubrir ciertos componentes negadores y polémicos en ciertos movimientos de ideas, como los que hemos señalado, no resultan suficientes para captar y descifrar el sentido auténtico y la dirección de tales corrientes.

¹⁰ *Filosofía de la persona, op cit.*, p. 130-131.

tad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, para quien la psicología y la sociología se fundamentaban en la biología ¹¹.

Junto al interés del Positivismo por organizar el conocimiento del hombre aplicándose a dos órdenes de estudio, la psicología y la sociología positivistas, siguiendo los principios y métodos dominantes en las ciencias de la naturaleza, queremos destacar los criterios claves que aporta para la interpretación histórica en este período.

Una de las explicaciones positivistas de la historia más difundida es, sin duda, la del materialismo histórico. El atractivo de éste residía en la oferta de un programa de inmediata acción político-social. La validez y fuerza del programa pretendía a su vez sustentarse en la verdad de la pura doctrina.

La revalorización de la influencia del medio fue otra de las aportaciones del positivismo en el terreno histórico. La obra de Buckle, *Historia de la civilización de Occidente* (1857-1861) proponía una sistematización de los agentes físicos que ejercían mayor influencia: el clima, la alimentación, el suelo y la naturaleza.

La sociología de Spencer, por su evolucionismo dinámico y cósmico ¹², representa un esfuerzo por traducir la idea de desarrollo o devenir a la común interpretación mecanicista que impera en el período. La visión del acontecer histórico que de ahí deriva significa una mera especialización de los principios mecánicos o dinámicos válidos para toda la realidad.

El movimiento positivista argentino se caracterizó por su interés en construir una teoría filosófica monista y naturalista sin caer necesariamente en el mecanicismo e intelectualismo. La crítica al mecanicismo de Spencer no implicó, no obstante, ni el rechazo del monismo evolucionista ni el abandono del realismo gnoseológico ¹³.

¹¹ Coriolano ALBERINI, al referirse a las investigaciones psicológicas que dentro de un marco conceptual biológico-filosófico se llevaban a cabo en la Universidad de Buenos Aires a principios del siglo XX, trazó el retrato del doctor PIÑERO en breves líneas: «Horació G. PIÑERO, expositor entusiasta y elocuente, llenó de facundia bellamente sonora, enseñaba, ante mucho público, Psicología fisiológica y experimental, tuvo el mérito de ser aquí, con todo éxito, el introductor de este género de estudios, no obstante lo encontráramos en extremo limitado. Alguien dijo, en homenaje al fervor docente de Piñero, que negaba el alma, pero la ponía en su palabra vivaz y fervorosa». *Discurso de apertura del Primer Congreso Argentino de Filosofía. Actas*, tomo I, p. 65-73.

¹² La evolución cósmica de SPENCER deriva de las grandes leyes generales sentadas en los *Primeros principios* que son leyes de tipo mecánico enunciadas en 1860, aunque las bases de su filosofía parecen datar de 1854-1855, cuando elabora su *Psicología*.

¹³ Ricaurte SOLER, pese a minimizar el pensamiento de SPENCER en el positivismo argentino, no deja de reconocer que «por su realismo y su monismo evolucionista el positivismo argentino se acerca a la filosofía de SPENCER», *op. cit.*, p. 83.

El monismo naturalista se presentó como una filosofía anti-intelectualista y anti-mecanicista en razón de los criterios biológicos empleados.

Junto al materialismo histórico, la doctrina del medio y el evolucionismo mecánico, criterios impuestos por el positivismo para la interpretación cabal de la historia, los motivos biológicos se presentan como otro conjunto de recursos positivistas más peculiares y privativos de este período.

La importancia de tales motivos es señalada por Francisco Romero al caracterizar la corriente positivista: «el Positivismo, en cuanto época de la inteligencia occidental, es algo más: señala el instante del ingreso del orbe biológico en la vasta interpretación de la realidad que se venía elaborando desde el Renacimiento, la universalización del régimen causal mediante la eliminación de la finalidad orgánica, o, mejor dicho, mediante la tesis darwiniana de que tal finalidad se origina por el funcionamiento de la mera causalidad y de ella depende ... estableciéndose una feliz continuidad que no sólo comprende lo físico y lo biológico, sino también todo lo psíquico, lo espiritual, lo social-histórico, entendidos como productos, manifestaciones o promociones de la vida propiamente dicha (biologismo)»¹⁴.

El transformismo darwiniano se prolongaba así en un biologismo (omnicomprensivo), en el cual los valores, el espíritu, la cultura en todos sus aspectos se derivaban de la base biológica por el mero juego de las fuerzas selectivas.

II. *Cuestiones y problemas que plantea el positivismo argentino*

La existencia de varias líneas sucesivas e incluso coetáneas, que ya en el siglo pasado y con mayor rigor en éste, han sido ubicadas dentro de una común denominación de «positivismo», dificulta en extremo una respuesta conjunta que las comprenda a todas. Si nos hemos detenido hasta ahora en exponer las diversas actitudes del positivismo europeo ello se justifica, a nuestro modo de ver, por el telón de fondo que nos proporciona en el intento de sistematizar las posturas varias y enfoques múltiples que la historiografía hispanoamericana ofrece en lo relativo al positivismo argentino. Los investigadores del pensamiento argentino no coinciden todavía sobre la ubicación cronológica de este movimiento, su periodización y su valor ideológico. Ello se debe, en parte, a las dificultades para reconocer las implicaciones totales del movimiento positivista argentino a través del material historiográfico y filosófico disponible. Se echa en falta la publicación de estudios monográficos económicos, sociales, políticos, pedagógicos, etc. que afronten exhaustivamente su significación en la época de su mayor vigencia.

¹⁴ *Filosofía de la persona, op. cit.*, p. 140.

El positivismo constituyó en Argentina una etapa cultural cuyas proyecciones se hicieron sentir en todos los campos del espíritu. El fenómeno europeo se presentó en este país en estrecho acuerdo con caracteres propios de su realidad político-social. Son precisamente las particularidades de la historia socio-política y las condiciones especiales del desarrollo de la ciencia argentina las que permiten hablar de unas modalidades propias y de una orientación del positivismo argentino diferente al europeo ¹⁵.

Veamos, a continuación algunas de las líneas de desarrollo más significativas del positivismo argentino a través de sus principales expositores e intérpretes.

1. El positivismo autóctono de Alejandro Korn

El desacuerdo sobre cuando irrumpen en América, y concretamente en Argentina, las corrientes filosóficas de corte positivista, procede de la confusión existente entre lo que se ha llamado «positivismo autóctono» y el positivismo y científicismo de la última parte del siglo XIX y comienzos del XX, si bien ambas manifestaciones responden a una conceptualización científica y a una interpretación sociológica diferente.

El primer intento argentino sistemático de ubicación y explicación del positivismo lo encontramos en Alejandro Korn (1860-1936), cuyo pensamiento acusa todavía algunos rasgos positivistas a pesar de su esfuerzo por superarlo ¹⁶. Se comprende mejor la interpretación que Korn hace del positivismo, si tenemos en cuenta la forma en que veía el desenvolvimiento de las ideas en Argentina. Consciente de las limitaciones de la cultura

¹⁵ Ricaurte SOLER constata que el pensamiento positivista argentino, desde el punto de vista de la teoría y de la doctrina, sigue una orientación muy diferente a la que tomó en Europa. Esta orientación, a su juicio, no puede ser comprendida sino en función de la realidad social e histórica subyacente. *op. cit.*, p. 34.

¹⁶ La significación total de Alejandro KORN sobrepasa ampliamente su actividad filosófica. Procedente del campo de la medicina, profesión que ejerció durante veinticinco años, se inició en la enseñanza superior de la filosofía en 1906, como profesor suplente de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, cátedra que ocupó como titular en 1909 hasta su jubilación como profesor universitario en 1930. Dictó también la cátedra de Gnoseología y Metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y la de Historia de la Filosofía en la Facultad de Humanidades de la Plata. Sus afinidades con el positivismo no le impidieron ver las fallas a que llevaría el sistema si se aceptara en todas sus consecuencias: «Las doctrinas positivistas en su intelectualidad exagerada, pese a la previsión de sus más altos exponentes descuidaron dos hechos reales tan importantes como la necesidad metafísica y el sentimiento religioso que arraigan en la naturaleza racional y afectiva de la especie y no se suprimen con fingir que se ignoran o se desdennan». *Obras completas*, vol. II, Universidad Nacional de La Plata, 1938-1940, p. 204.

de la época aborda la búsqueda y rescate en el pasado histórico de rasgos, actitudes y propensiones que le permiten caracterizar una tradición de pensamiento nacional en su obra: *Influencias filosóficas en la evolución nacional*.

El título refleja su enfoque de la cuestión: «Nosotros los argentinos —dirá— pertenecemos al ámbito de la cultura occidental y hasta la fecha solamente hemos asimilado ideas importadas. No podemos abrigar la pretensión de una filosofía propia, pues todo el afán de nuestros hombres dirigentes se ha encaminado a europeizarnos, a borrar los estigmas ancestrales, a convertirnos en secuaces de una cultura superior pero exótica... Yo mismo, al abordar el asunto, no me he atrevido a encarar mi ensayo como «historia de las ideas», sino como «influencias ideológicas». De allende los mares recibimos, en efecto, la indumentaria y la filosofía confeccionada. Sin embargo, al artículo importado le imprimimos nuestro sello»¹⁷.

Hablar de un pensamiento autóctono en la Argentina del centenario, en momentos en que la europeización predominaba en el espíritu nacional, provocaba cuando menos sonrisas escépticas. Pero Korn entendía que toda colectividad coherente y estable se sustentaba sobre un sistema de ideas generales, y se puso a indagar cuál era el que servía de basamento al pueblo argentino. Creyó encontrarlo, principalmente, en la obra de las tres generaciones que integraron la época positivista¹⁸.

En la primera etapa, el positivismo, llamado por Korn «Positivismo en acción», aparece como una filosofía social, si no sistemática, al menos como programa consciente para satisfacer las necesidades colectivas, en la tarea de construir la Nación.

Sus máximos representantes en su frente político y educativo fueron Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento respectivamente. El primero de ellos proporcionó con criterio positivista la filosofía polí-

¹⁷ Véase el vol. *Influencias filosóficas en la evolución nacional* prologado por Gregorio Weinberg que recoge tres trabajos de Korn referentes al desarrollo de las ideas en la República Argentina. La cita está tomada de su ensayo «Filosofía argentina», pp. 233-234, Buenos Aires, 1936.

¹⁸ «Desde Caseros en adelante la vida argentina ha estado supeditada a una ideología bien definida, de índole positivista, de orientación pragmática. Su síntesis más acabada fueron las Bases de Alberdi. No fue pequeña gloria haber enunciado en los albores de un gran período histórico las ideas directoras que habían de informarlo. Tres generaciones pasaron sin discutir las ni ampliarlas. Los compañeros de la proscripción las aceptaron como la expresión concordante de sus anhelos. La generación de Caseros, que pasa por haber sido talentosa, si bien nunca tuvo un concepto original, las profesó en teoría y sirvió en la práctica. La generación del ochenta, familiarizada con los grandes sistemas de la filosofía positivista, no vio en éstos sino la confirmación del pensamiento alberdiano y desconoció la necesidad de superarlo». *Nuevas Bases*, vol. cit. en (17), p. 251.

tica rectora ¹⁹ para más de medio siglo de vida constitucional: «De la realidad inmediata que interesa a su inteligencia y mueve su sentimiento —dice Korn— Alberdi abstrae con criterio positivista las conclusiones de su filosofía política. Su pensamiento amplio se amolda a las exigencias de la situación casera. Así forja la doctrina argentina por excelencia. Su originalidad no la amengua porque corrientes universales vinieran luego a apoyarla. Treinta años transcurrieron antes de que en alguna de nuestra cátedras universitarias se pronunciara el nombre de Comte o Spencer; Alberdi se había anticipado» ²⁰.

Refiriéndose al pensamiento de estos hombres junto al de Mitre, Florencia Varela, Vélez Sarsfield, Nicolás Avellaneda, Juan María Gutiérrez y Vicente Fidel López, Korn afirma la afinidad de sus ideas con su tiempo; proclamaban la supremacía de la acción y de los hechos y, de las ideas, acogían únicamente aquellas que más se adecuaban a la realidad social. El positivismo argentino no se reducía pues a la asimilación de teorías exógenas, resultaba por el contrario la expresión congruente de su actitud mental.

Por ello Korn sostiene que «El positivismo argentino es de origen autóctono; sólo este hecho explica su arraigo. Fue expresión de una voluntad colectiva. Si con mayor claridad y eficacia le dio forma Alberdi, no fue su credo personal. Toda la emigración lo profesaba, todo el país lo aceptó. La constitución política fue su fruto, la evolución económica se ajustó a sus moldes... Cuando tuvimos noticias del sistematizado positivismo europeo, el nuestro era viejo» ²¹.

En opinión del profesor argentino este pensamiento positivista, atento a los problemas reales de la vida nacional, no supo estructurarlos metódicamente como sistema de filosofía. Cuando los hombres que lo profesaban conocieron las obras de Spencer, hallaron con sorpresa la confirmación de su propio pensamiento.

La segunda etapa positivista está representada por hombres que nacieron poco antes o poco después de Caseros (1852), en su mayor parte universitarios, de escasa originalidad, que si bien desarrollaron un papel importante en la historia política del país, no fue así en la historia de la cultura, en donde apenas aportaron ideas, ni difundieron el movimiento filosófico europeo. Korn destaca como excepción al Dr. José María Zuviría, cuyo catolicismo y honestidad le distancian del positivismo de sus coetáneos.

La tercera etapa positivista aparece configurada por dos grupos de hom-

¹⁹ De todos sus trabajos es, sin duda, su obra *Bases y punto de partida para la organización política de la República Argentina, derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sur y del tratado del 4 de enero de 1831* (mayo 1852), la que expone la forma más completa su ideario político.

²⁰ *Nuevas Bases*, vol. cit. en (17), p. 252

²¹ *Obras*, III, p. 261.

bres: el de los universitarios y el de los normalistas, cuyos focos de actuación fueron la Facultad de Derecho y de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y la Escuela Normal de Paraná.

Entre los universitarios, adictos en su gran mayoría al positivismo de corte spenceriano, cabe citar a: José Nicolás Matienzo, Rodolfo Rivarola, Juan Agustín García, Luis M. Drago, Norberto Piñero y Ernesto Quesada, Antonio Dellepiane y Francisco Barroetaveña. Procedentes de la Facultad de Medicina, se les sumaron, Ladislao Holmberg y José María Ramos Mejía; de Ciencias Exactas, Emilio Mitre, y de la Universidad de Córdoba, Joaquín V. González, Adolfo Mitre y Alberto Navarro Viola.

La historiografía argentina los denomina a todos ellos bajo el epíteto de «hombres del ochenta» (incluyendo otros nombres no citados), distinguiendo así el grupo de universitarios que alrededor del año 1882 se incorporó a las actividades de la vida pública, asumiendo la dirección política e intelectual.

Korn incide en el carácter programático y asimilador de ideas importadas de estos positivistas. En esta línea comenta que «El pecado de los intelectuales del ochenta, hombres de gabinete y de estudio, lo constituye la ausencia de una creación original. Con una cultura superior, con una información más vasta, con mayor probidad intelectual, nos revelaron a Stuart Mill y a Spencer, a Renan y a Taine. El positivismo argentino ya era un hecho cuando ellos juzgaron necesario apoyarlo con el ejemplo europeo... Ellos mismos, ajenos a todo interés especulativo, indiferentes ante los problemas trascendentales, atraídos por los asuntos de carácter pragmático, se limitaron al comentario jurídico o histórico, a la pedagogía, a la psicología y a la sociología, sin perjuicio de convenir al fin, con ingenua honestidad que la última palabra ya la había dicho Alberdi»²².

Por su parte, los normalistas pedagogos formados en su gran mayoría en la Escuela Normal de Paraná, en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata —después Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación— alcanzaron en la década del 80 y 90 una significación preponderante en la enseñanza pública. Entre ellos destacan los nombres de Víctor Mercante, Leopoldo Herrera, Alejandro Carbó, Rodolfo Senet y Alfredo Ferreira²³.

El juicio de Korn respecto a su aportación al pensamiento de la época

²² *Filosofía argentina*, vol. cit. en (17), p. 235.

²³ Según Leopoldo ZEA, Alfredo FERREIRA es el verdadero jefe del pensamiento positivista argentino, tal como lo manifiesta en su obra *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica (Del Romanticismo al Positivismo)*, México, 1949. Habría que matizar este juicio incorporando al vocablo positivista el calificativo de comtiano, en su significación filosófica y pedagógica, con una interpretación personal de la doctrina de COMTE. Su maestro, Pedro SCALABRINI (1849-1916), profesor italiano incorporado a la Escuela Normal del Paraná, fue el verdadero introductor del comtismo en la Argentina, como lo atestigua su trabajo escrito en 1888, *Materialismo, Darwi-*

no deja de ser mordaz: «Ideal más alto no tuvieron tampoco —dice— los pedagogos formados en la Escuela Normal de Paraná, alberdistas de segunda mano; se imaginan ser discípulos de Comte, sin sospechar el irreductible antagonismo entre las doctrinas del maestro y nuestro ambiente liberal e individualista... El iniciador mismo del movimiento, un naturalista distinguido, hubo de hermanar el positivismo comtiano con agregados tan heterogéneos como la evolución darwiniana o las aspiraciones del Risorgimiento italiano»²⁴.

Más comprensiva resulta la actitud de Korn hacia el papel que desempeñó José Ingenieros (1877-1925) en el pensamiento de la época. Distanzado por algunos años y por nuevos conceptos de los positivistas del ochenta, este hombre, psiquiatra y biólogo de profesión, se preocupó por hallar razones finales a las ciencias médicas y naturales.

Su propósito, dice Korn, «fue elevar el Positivismo a Cientifismo, con fines sociales... La claridad de su espíritu meridional unida a una pronunciada sensibilidad estética le permitieron superar la estrechez de la ideología vulgarizada. Supo infundirle nuevo vigor y prolongar la necesidad lógica de admitir una metafísica»²⁵.

Ingenieros contribuyó, de hecho, a que se superara un cientifismo demasiado atento a lo concreto, estimulando la aplicación de la inteligencia como facultad abstractiva y generalizadora. Admitió nominalmente la metafísica, e incluso se aventuró a enunciar su sistema en dos de sus obras; *Principios de psicología* y *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*. Su actitud hacia la metafísica pretende ser revolucionaria, considerando a sus predecesores afectos a la oscuridad, con el propósito de disfrazar aspiraciones religiosas o defender principios caducos. El fundamento de la metafísica, así como de toda ciencia, es, en su opinión, la experiencia. Este enfoque excluye tres problemas clásicos de raíz metafísica: Dios, la inmortalidad del alma y la libertad, pues, a su parecer, tales cuestiones no pretenden explicar lo que trasciende la experiencia, sino de confirmar un determinado sistema de creencias vulgares.

La crítica que le formula Alejandro Korn está dirigida contra el dogmatismo de su sistema y el fracaso de toda metafísica que intenta ser la expresión, en lo no experimentado, de una supuesta unidad científica: «Por rechazar el dogmatismo de las supersticiones místicas se entregó al dogmatismo de las ciencias naturales. Para Ingenieros —afirma Korn— la filosofía, la metafísica misma, no eran sino complementos hipotéticos de la intangible verdad científica»²⁶.

nismo, Positivismo, diferencias y semejanzas. FERREIRA hizo suya la concepción liberal de su maestro en su interpretación del positivismo.

²⁴ *Filosofía argentina*, vol. cit. en (17), p. 236.

²⁵ *Ibidem*, p. 236.

²⁶ Comentario a *El porvenir de la filosofía de Ingenieros, Obras completas*, cit., v. III, pp. 324-340.

La crítica enconada que los antipositivistas realizaron años después de la obra de Ingenieros fue suavizada por el propio Korn, iniciador de la renovación ideológica, al señalar la falta de rigor de aquellos que enjuiciaban su posición filosófica, con abstracción de su momento, aplicándole el criterio de una nueva actitud espiritual.

«En las postrimerías de una gran orientación filosófica —argumentaba Korn—, tocole defender la última brecha... Desde el nacimiento de Alberdi hasta la muerte de Ingenieros ha transcurrido un siglo, en el cual el sentir de nuestro pueblo ha encontrado de continuo su expresión adecuada, sin simular preocupaciones ajenas a nuestra índole nacional, pero con la unidad intrínseca del pensamiento propio. De este proceso no se ha de borrar la obra de Ingenieros, como que no se han de extinguir tampoco los múltiples impulsos de su fecunda labor»²⁷.

2. Crítica de Coriolano Alberini a las formas que el positivismo adoptó en la Argentina

Frente al planteamiento anterior, Coriolano Alberini, de profunda formación académica universitaria²⁸, presenta un esquema distinto de la evolución del pensamiento argentino que desarrolla en dos importantes trabajos: *Die deutsche Philosophie in Argentinien*, Berlín 1930, y *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en Argentina*, La Plata, 1966. La indagación y difusión de la evolución de las ideas en el país: cómo se despertó el filosofar y bajo qué sugerencias, fue una auténtica preocupación en Alberini.

Su clasificación comprende cuatro etapas fundamentales, situando el Positivismo en la década que va del setenta al ochenta; «En la Argentina, por ejemplo, disfrutamos de una elemental y fría *escolástica* en la época colonial, aunque cabe reconocerlo, inició la cultura en estas regiones. Vino luego el *iluminismo*, que fue, en general, la filosofía de la emancipación, especialmente en la parte política. Más tarde tuvimos el romanticismo historicista, aunque mucho se conserva del espíritu iluminista. Fue la filosofía de la organización nacional. Y, por fin, el positivismo, el cual coincide con el pujante progreso vegetativo del país, sin que se pueda establecer una relación de causa a efecto entre las ideas filosóficas y la vida política, según pretenden los epígonos del materialismo histórico»²⁹.

²⁷ *Filosofía argentina*, vol. cit. en (17), p. 237.

²⁸ Fue en tres oportunidades decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el período 1924-1927; entre 1931-1923 y más tarde, desde 1936 a 1940. Se distinguió sobre todo en la cátedra y prestó siempre su decidido apoyo a cualquier intento de cultura filosófica en el país.

²⁹ *Prólogo* al libro de Luis FARRE: *Cincuenta años de Filosofía en Argentina*, Buenos Aires, 1958, p. 10.

El surgimiento del positivismo está estrechamente vinculado a un nuevo período de la vida nacional argentina. El año 80 simboliza el fin de una Argentina que aún conservaba rasgos de su tradición pasada y el comienzo de una era de progreso material, de auge económico y de nuevas formas políticas, que condujeron al país a ocupar una posición privilegiada en el seno del continente americano.

Alberini encuentra una explicación del porqué de la génesis y florecimiento de esta corriente en base a las nuevas circunstancias socio-económicas que caracterizan el período: «El auge del positivismo coincidió con los momentos más frenéticos del progreso económico de la Argentina. Sin que se pueda afirmar una relación de causalidad estricta, bien puede presumirse que durante el período comprendido entre 1880 y 1910, los fenómenos ideológicos en la Argentina están muy vinculados a los económicos. Estos ofrecen, por lo menos, una fuerte perturbación sobre el progreso espiritual. No me refiero exclusivamente al positivismo de los ideólogos profesionales, sino al difuso de la masa culta, o de la oligarquía dirigente, en quienes el positivismo es una creencia práctica. Este fue, así, ideología resultante más que ideología dirigente. En otros términos: la atmósfera positivista fue un epifenómeno del violento progresismo vegetativo del país. En semejante ambiente, propio de una rica sociedad nueva, rebosante de orgullo vital formose una clase directiva llena de elegante cultura periférica y propensa a la tolerancia de puro escéptica»³⁰.

Cuando Alberini caracteriza el positivismo difuso de la masa culta o de la oligarquía dirigente como creencia política alude a un rasgo genérico del pensamiento iberoamericano, en el cual prevalece el pensamiento pragmático, y el dogma ejecutivo sobre la actitud especulativa. Las ideas, combinadas con los sentimientos religiosos y los instintos políticos de la clase media intelectual, se convertían en creencias militantes, eran ideas vividas más que pensadas; ideas con un mínimo de filosofía fundamental: «Las ideas filosóficas procedían de Europa y tomaban inmediatamente una inflexión activa y política, más o menos adaptada al ambiente histórico argentino»³¹.

¿Cómo ve Alberini el positivismo filosófico en la Argentina? El lo diferencia del positivismo europeo, donde la significación de pensadores como Comte, Spencer, Sutart Mill, Taine y otros fue indiscutible. Por otra parte, pese a su rechazo de la metafísica, esta corriente encontraba en Europa el suficiente espíritu crítico y la tradición clásica como para que no se cayera en un superficial utilitarismo social.

Las formas del positivismo en la Argentina contribuyeron, a juicio de Alberini, a fomentar los defectos de la mentalidad argentina. Sin ser el

³⁰ *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en Argentina.*, La Plata, 1966, p. 64.

³¹ *Prólogo a Cincuenta años de filosofía... op. cit.*, p. 10

comtismo una filosofía propiamente utilitaria, lo fue de hecho, exacerbando los tradicionales vicios de un país carente de un sólido sustrato intelectual: «Puede el comtismo —afirma— no ser grave rémora para el progreso del saber cuando se trata de países de fecunda tradición científica y filosófica, pero lo es, y mucho, en los que, por ser nuevos y rebosantes de vida vegetativa como la Argentina, carecen casi en absoluto de sólido sentimiento intelectual. A fuerza de insistir sobre la finalidad ética del saber, se concluye por aniquilar, no sólo el espíritu filosófico, sino también el espíritu de la ciencia pura»³².

Respecto al positivismo autóctono que Korn señaló preferentemente en Alberdi, censura la depravación utilitaria que se hizo del alberdismo, sin ser este responsable de ello. Le considera el más eminente pensador de la época, sin que por ello, fuera un verdadero filósofo.

«Pensó para obrar, en forma descollante —dice Alberini—, máxime si se considera el ambiente espiritual de su época en la Argentina. Su utilitarismo tuvo fundamento espiritualista. No confundió la utilidad con un ideal, ni el ideal con la utilidad. La utilidad era un medio, el ideal, un fin»³³.

El positivismo argentino no dio importancia especial a los problemas centrales de la filosofía; las cuestiones metafísicas, gnoseológicas y axiológicas fueron rechazadas frente al estudio y desarrollo de las ciencias sociales de la biología, psicología y pedagogía, a las cuales aplicaron los dogmas del evolucionismo mecánico y agnóstico.

La generación argentina de 1880 fue marcadamente positivista; la nota dominante no fue tanto Comte y Spencer como la de Haeckel, conocido ampliamente a través de traducciones francesas. Entre las figuras más representativas de este período destacan: Florentino Ameghino (1854-1911), José María Ramos Mejía (1849-1914), Carlos Octavio Bunge (1875-1918) y José Ingenieros (1877-1925). Los dos últimos citados de clara orientación científicista, como se verá a continuación, se escapan por la fecha de nacimiento de la llamada generación del 80.

Del primero de ellos, considerado por Alberini la primera figura científica de la América española y uno de los más célebres paleontólogos del mundo³⁴, afirma: «Toda la obra de Ameghino tiene aire haeckeliano. Su

³² *Problemas de la historia de las ideas... op. cit.*, p. 61.

³³ *Prólogo a Cincuenta años... op. cit.*, p. 11.

³⁴ Florentino AMEGHINO célebre paleontólogo y antropólogo argentino contribuyó de forma decisiva a la sistematización filosófica del transformismo biológico. Habiéndolo asimilado desde los comienzos de la década de 1870, no cesó de defender esta teoría hasta su muerte en 1911. Las teorías filogenéticas y antropogenéticas de AMEGHINO influyeron, notablemente, en el desarrollo de la ulterior filosofía argentina. En su importante obra *Filogenia* (1884) se observa la profunda influencia de las ciencias naturales argentinas en el científicismo posterior. Las doctrinas filosóficas de AMEGHINO, expuestas concretamente en *Mi Credo* (1906) constituyen una especie

principal libro se llama *Filogenia*, palabra, si mal no recuerdo forjada por Haeckel. También se ocupó de Cosmología. Sus ideas filosóficas están esbozadas en un trabajo titulado *Mi Credo*, el cual es un ingenuo compendio haeckeliano»³⁵.

El interés de los positivistas por los estudios sociológicos y de ciencias de la educación desembocó en el desarrollo de la teoría de la causalidad, del medio ambiente, la raza y la herencia. El hombre más que una unidad personal quedaba reducido a un producto social. Entre los positivistas que trabajaron con estos criterios figura José María Ramos Mejía³⁶. A propósito del mismo, Alberini escribe en *La Filosofía alemana en la Argentina*: «Poco se ocuparon nuestros positivistas de filosofía fundamental. Prefirieron aplicar los dogmas del evolucionismo mecánico y agnóstico, cuando no frecuentemente materialista, a la psicología y a las ciencias sociales. El más notable es José Ramos Mejía, psicopatólogo eminente y brillante escritor, formado en los recursos estilísticos de la historiografía del romanticismo francés. Mucho se ocupó de historia, interpretándola de acuerdo con los principios del materialismo médico... La principal obra de Ramos Mejía es un estudio sobre el dictador Rosas, cuya figura impresionante supo evocar con vigor y plasticidad, aunque basándose en los más ingenuos y groseros cánones del positivismo médico. Ramos Mejía es, en suma, un caso airoso de temperamento intelectual equívoco, algo así como un psiquiatra romántico sobre un fondo de cosmología haeckeliano»³⁷.

El criterio naturalista y biológico en la elaboración de los conceptos sociológicos se revela claramente en sus trabajos de psicología social. Intenta explicar la historia colonial e independiente por la acción de la psi-

de visión naturalista del Mundo manifestada a través de conceptos cientificistas. La publicación de *Obras completas y Correspondencia científica de Florentino Ameghino* fue ordenada por el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1915. Algunos trabajos interesantes sobre su personalidad y su obra son A. CABRERA: *El pensamiento vivo de Ameghino*, Buenos Aires, 1944; M. BUNGE: «Cómo veía el mundo Florentino Ameghino», en *Minerva*, enero-febrero, 1945; J. INGENIEROS: *Las doctrinas de Ameghino*, Buenos Aires, 1919; L. KRAGLIEVITCH: «Trascendencia Filosófica de las Investigaciones Paleontológicas de Ameghino», *Revista de Filosofía*, año VII, núm 4, Buenos Aires, julio, 1921.

³⁵ F.D. PRO: *Coriolano Alberini*, Buenos Aires, 1960.

³⁶ José María RAMOS MEJIA, médico psiquiátrico, se orientó en el cultivo de los estudios históricos a través de análisis sobre las manifestaciones de la locura en la historia. El estudio del estado psicopatológico del personaje histórico le condujo a la consideración de los estados de psicopatología colectiva. En su obra *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, 1907, establece los postulados fundamentales de la sociología científica y biológica. Cabe señalar dos trabajos más de este autor: *Las Multitudes Argentinas* (1899) y *Los Simuladores del talento* (1904).

³⁷ *La filosofía alemana en la Argentina*, cit por PRO en *Coroliano Alberini*, op. cit., p. 466.

ciencia de las muchedumbres y en concreto de sus condiciones «biológicas», las cuales se convierten en un factor de explicación histórica en la época de Rosas.

El juicio que emitió José Ingenieros sobre su obra sintetiza las críticas que se le hicieron: «no advirtió siquiera que aplicar a las multitudes argentinas de hace un siglo una doctrina fundada en la observación de multitudes europeas contemporáneas le exponía a violentar los hechos para encajarlos en premisas establecidas sin una base de experiencia»³⁸.

Alberini reconoce en el normalismo de la Escuela de Paraná la fuerte vocación de sus representantes, capaces de organizar la enseñanza primaria y la secundaria por amor a la ciencia y de contribuir a que la mujer obtuviera su independencia económica, con el desarrollo de un magisterio femenino.

Sin embargo, desde el punto de vista filosófico, adolecía, en su opinión, de severos errores. Por lo general se trataba de personas más instruidas en el comtismo y que rechazaban la metafísica y los problemas fundamentales de la filosofía: «Son místicos de la ciencia, de una ciencia sin espíritu cientista. Veneran una ciencia estática, lo mismo que su maestro Comte, quien, urgido por necesidades éticas, repudió la crítica renovadora y progresista del saber científico, so pretexto de que la duda conduce a la anarquía moral. Son, pues, verdaderos dogmáticos. Sacrificaron la ciencia en homenaje del pragmatismo social»³⁹.

Una de las salidas de la crisis filosófica del positivismo fue el movimiento que se conoce con el nombre de científicismo, que ya no niega la metafísica, sino que la concibe como una elaboración realizada con los últimos datos de las ciencias. En el científicismo la metafísica es posterior a las ciencias y está condicionada por los progresos que realiza el pensamiento científico.

En el pensamiento argentino, esta corriente tuvo varios representantes cuya influencia se extiende hasta aproximadamente 1920. Alberini cita entre los más significativos a Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros. Respecto a ambos, fieles representantes del haeckelismo, «de abundante y varia producción, aunque de escaso linaje filosófico», comenta: «Carlos Octavio Bunge⁴⁰, autor de una obra titulada *El Derecho*, donde se reducen

³⁸ J. INGENIEROS: *Sociología argentina*, Madrid, 1913, pp. 130-141.

³⁹ *Coroliano Alberini, op. cit.*, p. 467.

⁴⁰ Carlos Octavio Bunge nació en Buenos Aires en 1875. Estudió derecho en su Universidad, dedicándose más tarde a la enseñanza y a la magistratura. Como profesor de las universidades de la Plata y de Buenos Aires imprimió orientaciones personales al estudio del derecho y de las ciencias de la educación. Sus principales obras son: *La educación*, 1901; *Principios de psicología individual y social*, 1903; *El derecho*, 1905; *Historia del derecho argentino*, 2 v., 1912 y 1913; *Estudios filosóficos*, 1919. Falleció en Buenos Aires en julio de 1918. El número extraordinario que le dedicó la revista *Nosotros* en esa fecha recoge varios estudios sobre su personalidad y sus escritos.

las relaciones jurídicas a elementales fenómenos de biofilaxis. Se afirma allí que la vida jurídica no es sino la metamorfosis del acto reflejo; más aún: de los movimientos adaptativos del protoplasma... Escribió también otro libro titulado *Nuestra América*, donde se investiga la psicología de los hispanoamericanos en función de los fenómenos políticos vinculados a los raciales. El análisis, que es de una severidad rayana en requisitoria, está inspirado en las doctrinas antroposociológicas del conde de Gobineau y de algunos sociólogos socialistas alemanes. Produjo Bunge también breves trabajos sobre filosofía fundamental. De lo poco que escribiera al respecto este autor, se deduce una evidencia predilección por la metafísica del cientificismo. Preconiza el método inductivo en filosofía, terminando en su vago monismo tímidamente materialista, aunque jamás le abandona la inquietud agnóstica»⁴¹.

La influencia de Bunge en el desarrollo posterior del positivismo argentino fue profunda por el carácter cientificista y antimecanicista de su filosofía. Hombre multifacético —jurista, literato, profesor, estudioso de la psicología— supera en su obra *Principios de Psicología individual y social* las bases puramente mecánicas del evolucionismo de Spencer y su materialismo, e introduce —con un claro retorno a Darwin— una fuerza psíquica, el instinto, que determina la evolución de las especies.

Los elevados problemas metafísicos quedan reducidos a pura psicología, que se divide en fisiológica, científica o especulativa y trascendental. El pensamiento de Bunge adquiere una significación precisa en la historia del positivismo argentino. El retorno a Darwin y a Lamarck, junto a la crítica de las concepciones mecanicistas de Spencer, posibilitan el desarrollo de los fundamentos doctrinarios de la filosofía cientificista argentina.

José Ingenieros⁴² fue el continuador más significativo de esta orientación del positivismo argentino. Fue un espíritu de síntesis, su pensamiento filosófico integra y sistematiza los resultados positivos de la ciencia de su época. Su nombre y sus libros concentraron la atención de los estudiosos de los primeros veinticinco años de este siglo.

Su objetivo principal fue construir una filosofía científica, sobre los resultados que aportan las ciencias psicológicas y biológicas. Defiende, así,

⁴¹ Coriolano Alberini, *op. cit.*, pp. 469-470.

⁴² José INGENIEROS (1877-1925), estudio medicina, especializándose en psiquiatría. Ocupó la cátedra de psicología experimental en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y mantuvo un estrecho contacto con el positivismo decadente en Europa, donde vivió largo tiempo, especialmente en Francia y Suiza. De sus *Obras completas*, Buenos Aires, 1930-1940, 24 vols. destacan sobre todo: *Principio de Psicología. El hombre mediocre. Hacia una moral sin dogmas. La evolución de las ideas argentinas. Propositiones relativas al porvenir de la filosofía. La Revista de Filosofía*, Buenos Aires, enero de 1926 dedicó un número específico a «La obra filosófica de José Ingenieros».

una filosofía científica consistente en un «sistema de hipótesis legítimas, concordantes con los resultados generales de la experiencia, que se propone explicar los problemas que permanecen fuera de la experiencia»⁴³.

Cree que la filosofía científica converge hacia un monismo energético, síntesis modernizada de la filosofía evolucionista. De él dice Alberini: «Aun cuando no pudo formular una doctrina completa, pues Ingenieros murió a los 50 años, fácil es advertir cierta predilección por el monismo energético a la manera de le Dantec»⁴⁴.

Las disidencias que mantuvo con el positivismo no fueron tan hondas como para ver en él una actitud antipositivista. En cuestiones fundamentales, tales como la concepción de la vida y de las ciencias, Ingenieros figura entre los pensadores que le fueron fieles, con ciertos arranques críticos, pero de por sí no suficientes para señalar la ruptura.

3. *El Positivismo en la periodización generacional de Diego F. Pró*

Entre los análisis más completos, vinculados al problema de la periodización del pensamiento argentino, sobresale el realizado por el profesor Diego F. Pró en el *Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*, publicado por la Universidad Nacional de Cuyo⁴⁵. Su estudio ofrece, en nuestra opinión, el esquema generacional argentino más abarcador de la historia del pensamiento filosófico de este país⁴⁶.

⁴³ Véase su obra *Principios de Psicología*, Buenos Aires, 1903.

⁴⁴ Coriolano Alberini, *op. cit.*, p. 471.

⁴⁵ El *Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*, a través de sus volúmenes expositivos de historia del pensamiento y de los documentales sobre autores, constituye un valioso aporte de divulgación científica, que ha merecido el reconocimiento no sólo de la comunidad universitaria argentina, sino también de estudiosos americanos y extranjeros. Esta actividad ha convertido a la Universidad Nacional de Cuyo en el centro más prestigiado del país para los estudios de Filosofía Argentina. Intimamente ligado a la trayectoria de este *Anuario* se encuentra la labor seria, fecunda y sostenida del profesor Pró, cuya trayectoria académica se inició en la Facultad de Filosofía y Letras de Cuyo, hacia 1952, en las cátedras de Lógica y de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos. Desde 1960, dirige la Sección del Pensamiento Filosófico Argentino y años más tarde la Secretaría de Cultura de la Nación le otorgó el Premio Nacional de Filosofía (1968-1972). Su carrera docente culminó con su designación como Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Cuyo en 1980, año en que fue designado Director del nuevo Instituto de Filosofía Argentina y Americana. Para la proyección nacional e internacional de la labor de este Instituto, la Facultad se sirve desde entonces de la publicación, *Anales de Filosofía Argentina y Americana*, Cuyo (han sido publicados 5 vols. hasta la fecha), que constituyen una ampliación de la labor realizada por los *Anales de Historia* citados.

⁴⁶ Véase mi obra, *El pensamiento argentino (1853-1910). Una aplicación histórica del método generacional*, Madrid, 1986, pp. 136-151.

Pró realiza la periodización con sentido estrictamente generacional, distinguiendo en el lapso que se extiende entre 1810 y 1940 nueve generaciones —1810, 1821, 1821, 1837, 1853, 1866, 1880, 1896, 1910, 1925— que permiten observar la estructura argentina. Cada generación argentina ha afrontado los problemas del mundo y del país desde distintos ángulos, asimilando y aplicando las ideas europeas a las actividades prácticas de la cultura nacional. Lo cual no significa que la Argentina —dice Pró— no tenga su propia tradición de pensamiento y de cultura: «Ha habido generaciones cumulativas, que han vivido poco más o menos con los mismos repertorios ideas y valores. Otras que han sido decisivas y han significado un cambio de rumbo en la historia del pensamiento y la cultura argentina. Esta situación nos muestra que la periodización generacional no supone la automatización ni la mecanización del proceso histórico. Ocurre que la penetración del iluminismo, el romanticismo, el positivismo y el espiritualismo idealista impregnan hasta dos y tres generaciones, que desarrollan esas orientaciones filosóficas con peculiares acentos»⁴⁷.

Sin minimizar la importancia de los demás momentos generacionales, lo que nos interesa ahora destacar, a través de criterios vertebrales, es la ubicación y complejidad del positivismo argentino señalando la distinción que en él introduce Pró, de dos generaciones con profundas vinculaciones ideológicas, la de 1880 y la de 1896.

La generación que comenzó a actuar hacia 1880 fue la que introdujo el positivismo en la Argentina. Inicialmente Comte y su *Política positiva*, con ideas tomadas de Saint Simon⁴⁸, influyó en esta generación. Pero más importancia que el comtismo tuvo el positivismo evolucionista a través de su máximo representante, Herbert Spencer, quien introdujo el principio de la evolución universal, interpretado mecánicamente.

Junto a ellos se difundió también la dirección naturalista del positivismo, el «evolucionismo biólogoista» de Lamarck, Haeckel y Darwin, especialmente en los círculos de la Facultad de Medicina, pasando a nutrir la enseñanza universitaria y secundaria.

A través de la famosa Escuela Normal de Profesores de Paraná, esta generación tuvo gran influencia en la educación argentina, la cual desapareció hacia 1920. Promulgó la ley 1420, la ley de educación común en 1884, y sus hombres intervinieron en el Congreso Pedagógico de 1882.

⁴⁷ *Historia del pensamiento filosófico argentino*, Cuaderno I, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1973, p. 154.

⁴⁸ PRO considera a SAINT SIMON el pensador puente entre el espiritualismo ecléctico y el positivismo del pensamiento francés. Influyó en el historicismo romántico de ECHEVARRIA, SARMIENTO, ALBERDI y Vicente FIDEL LOPEZ y tuvo gran influencia en Francia. COMTE, que actuó como su secretario en cierta época de su vida, adoptó muchas de sus ideas subrayando la importancia de las ciencias del hombre: la psicología, la fisiología y la sociología en la edificación de la filosofía positiva. Véase *Historia del pensamiento filosófico*, op. cit., p. 167-168.

Pró la caracteriza como «una generación bifacética» porque junto a los positivistas perviven los católicos fieles a las ideas de Balmes: «En esa atmósfera cultural —afirma— cabían todos los matices de la filosofía, desde un positivismo ortodoxo, en base a las ideas de Comte, de Spencer, de Haeckel, hasta un catolicismo viejo, a base de la filosofía de Balmes. También cabía el esceptismo acendrado de Eduardo Wilde⁴⁹. ¿Quiénes integran esta promoción positivista?: «Lucio V. Mansilla, Eugenio Cambaceres, Manuel Podestá, Julián Martel, José María Cantillo, Martín García Neróu, Paul Groussac, Miguel Cané (hijo), Eduardo Wilde, Julio A. Roca, Florentino Ameghino, José Ramos Mejía, Pedro Escalabrini. El sector o núcleo católico está representado por Pedro Goyena, Nicolás Avellaneda, Santiago Estrada»⁵⁰.

Estos hombres aparecen cuando el país comienza a afirmarse como emporio económico. Las ciencias médicas y naturales adquieren un gran desarrollo y se profesionaliza la Universidad. Se vive de una manera utilitaria y pragmática, por lo que las manifestaciones filosóficas fueron escasas.

El desarrollo del positivismo en la Argentina se extendió también en el enfoque de Pró a la generación de 1896. Aunque normalmente se reúnen ambas promociones con el nombre de la generación del 80, los hombres nacidos alrededor de 1866 formaron otra generación con rasgos peculiares cultivando la filosofía científicista con matices que van desde un científicismo ortodoxo, de base biologista, como en Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros, hasta otro muy diluido con influencias idealistas en autores como Juan Agustín García y Joaquín V. González.

Al científicismo naturalista, iniciado por Ameghino en la generación anterior, se le adjunta un matiz filosófico que unido al desarrollo de la psicología experimental y de la pedagogía positivista universitaria, le da sus notas más peculiares. Nombres como Alfredo Ferreira, Víctor Mercante, Rodolfo Senet, Pablo Pizzurno, etc. cofiguran la fase estructural de los nuevos ideales educativos argentinos.

En el campo de las ciencias jurídicas —apunta Pró— «las figuras representativas son Carlos Octavio Bunge, autor de una obra muy conocida en su época, *Le Droit c'est le force*; Joaquín V. González, ilustre constitucionalista argentino; José Nicolás Matienzo, autor de los tratados del derecho y profesor de lógica de la Facultad de Filosofía y Letras; Rodolfo Rivarola, distinguido jurista argentino. Entre los historiadores figuran Ernesto Quesada, Juan Agustín García, el padre Larrouy; entre los etnólogos y antropólogos, Félix Ontes, Juan B. Ambrosetti; y entre los pedagogos y psicólogos, Víctor Mercante, Rodolfo Senet, Pablo Pizzurno, para mencionar los más influyentes»⁵¹.

⁴⁹ Coriolano Alberini, *op. cit.*, p. 462.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ *Historia del pensamiento filosófico... op. cit.*, pp. 171-172.

Pró considera a González el eslabón entre los últimos hombres del positivismo y la nueva promoción, que en filosofía presenta una clara tendencia idealista y espiritualista. Hay una búsqueda de la argentinidad, de lo propio, a través del sistema de valoraciones y preferencias de las gentes, dejando al margen los factores étnicos, geográficos y económicos de los positivistas. Con él sostiene Pró «comienzan los primeros aleteos religiosos y metafísicos... González anuncia nuevos ideales y es como un nadador en la niebla, si cabe esta metáfora. Tiene la certeza de que hay algo, pero no acierta a ponerle la mano»⁵².

4. *Luis Farré y su valoración de la etapa positivista. El despertar del pensamiento argentino a la auténtica reflexión filosófica*

Hacia mediados del presente siglo el doctor Luis Farré se impuso la tarea de redactar una obra de historia del pensamiento filosófico en la Argentina, en sus últimos cincuenta años. Nada más dificultoso que historiar las ideas filosóficas argentinas teniendo en cuenta la inexistencia de una tradición filosófica que apenas cuenta con expositores críticos. El valor de su obra, independientemente de las ausencias y enfoque realizado (ofrece una serie de estampas filosóficas por orden cronológico), reside en ser el primer trabajo orgánico y crítico de una época en que se crea la cultura y el espíritu filosófico en la Argentina.

Los límites cronológicos de su obra, *Cincuenta años de Filosofía Argentina*, vienen impuestos por la falta de una reflexión filosófica independiente en la cultura nacional del siglo XIX. «No encontraremos, pues —dice—, en todo el siglo XIX, una mentalidad estrictamente filosófica. De seguro que se puede nombrar una extensa pléyade de escritores, polemistas, políticos, historiadores y sociólogos imbuidos de ciertos sistemas por aquel entonces de moda en Europa; pero apenas si los tienen en cuenta, en cuanto conjunto ideológico, cuya variedad se estudia directamente, se analiza y se apoya, si ello es posible, mediante la aportación de nuevos argumentos»⁵³.

Farré admite la existencia de una copiosa influencia filosófica en ciertos autores de la generación romántica, pero ésta no incentivó el pensar especulativo; sirvió más bien de instrumento para estudios dirigidos a la realidad argentina. Los problemas de su organización política, económica y social les preocuparon más que el pensamiento filosófico original. En busca de soluciones elaboraron una especie de pragmatismo, no comprometido con ninguna doctrina, seleccionando ideas y conceptos entre aquellos autores que mejor apoyaban sus pretensiones...

⁵² Coriolano Alberini, *op. cit.*, pp. 471-472.

⁵³ L. FARRE: *Cincuenta años de filosofía en Argentina*, Buenos Aires, 1958.

Esta valoración de los ideológicos del siglo XIX conduce a Farré a negar la existencia de un positivismo autóctono en la Argentina y evaluar su pensamiento como eclecticismo de ideas tomadas de autores europeos.

«El positivismo atribuido a Alberdi y a Sarmiento —comenta— no era fruto de preocupaciones filosóficas, sino consecuencia de la lectura de libros europeos, especialmente franceses; reacción enérgica contra modalidades de pensamiento anquilosadas que, a su parecer, eran rémora para el progreso. No intentaban filosofar, y Alberdi ni lo consideraba legítimo, como una tarea digna de emprenderse por sí misma. Estamos seguros de que si a éstos y a otros pensadores argentinos del siglo pasado se los quisiera estudiar estrictamente como filósofos, el sistema que, fundándose en sus escritos, se formulara, sería un eclecticismo de ideas bastante abirragadas e iconexas. Seleccionaban ideas y conceptos entre autores de sus preferencias, pertenecientes a las más diversas tendencias»⁵⁴.

Ni siquiera al positivismo predominante de las últimas décadas del siglo XIX, y primeras del siglo XX, le confiere Farré matices nacionales. Lo enjuicia en sus diversas sistematizaciones como una importación europea, que aceptaba las teorías de los filósofos del otro lado del Atlántico, dándolas por válidas, para después aplicarlas a la educación, sociología, historia o moral.

La difusión y auge de este sistema se vio favorecido, en su opinión, por un desarrollo espectacular⁵⁵, en el cual «aquellas ideas de progreso, de evolución, y de bienestar colectivo, utopías que anidan en todo sistema positivista, parecía que debía encontrar en América, especialmente en Argentina, adecuada realización»⁵⁶.

De hecho, el énfasis puesto en la atracción de mano de obra y capital estaba plenamente acorde con la ideología positivista del progreso, «No busquemos, pues, en nuestro ambiente cultural la precisión de lo que se entiende por positivismo. Era algo ambiental, que iba de acuerdo con la hora que se vivía. Aun aquellos que más ahincadamente se dedicaron a su estudio, por ejemplo Ingenieros, lo utilizaba como soporte de otras reflexiones o motivos culturales: sociología, psicología, historia... Era el despertar de un pueblo a su realidad terrena... Era el júbilo por el descubrimiento de nuestra tierra y de sus posibilidades. Que el sistema como tal venía con algo de atraso en relación a su planteamiento europeo, será verdad; pero venía a la hora propicia»⁵⁷.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 43.

⁵⁵ La expansión argentina iniciada en la década de 1880 respondió a un proyecto o programa de la élites gobernantes, capaces de instrumentar una serie de medidas de carácter político, económico e institucional que propiciaron el desarrollo deseado. Véase mi obra *el pensamiento argentino (1853-1910)*, op. cit., pp. 293-326.

⁵⁶ *Cincuenta años de filosofía...* op. cit., p. 56.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 56.

Junto a esta visión optimista de la etapa positivista, Farré distingue el positivismo comtiano y evolucionista de los primeros momentos, del positivismo científicista de José Ingenieros. Selecciona a los autores que estudia en base a la necesidad de exponer la posición de un representante de cada tendencia, más que los méritos que ellos presentan como filósofos.

Así, como máximo representante del positivismo comtiano se ocupa de la figura de J. Alfredo Ferreira (1836-1938), educador procedente de la Escuela Normal de Paraná, máximo foco de difusión del comtismo en la Argentina. Las preferencias de este autor por el comtismo frente al evolucionismo spenceriano se justifican por la amplitud y profundidad de las direcciones teóricas y prácticas del positivismo. Ello no implica el rechazo de aquella doctrina mientras pueda favorecer el desarrollo posterior del positivismo. Insiste en la necesidad de ampliar el contenido doctrinal del mismo con los adelantos que la ciencia hubiera alcanzado desde la muerte de Comte.

El positivismo, para Ferreira es —dice Farré— «la filosofía de la ciencia, del arte y de la acción. Se fundamenta en la evolución, al igual que la ciencia. Nada hay estable, sino los hechos que cristalizan ideas y sentimientos. La verdad sólo se obtiene investigando los hechos. Pero los hechos se transforman y cambian y como tales van dando la situación y los estados de la sociedad»⁵⁸.

El aporte personal doctrinario de Ferreira se dio en el campo de la ética. Concibe lo ético como fenómeno social, no individual, adherido a formas que prevalecieron en determinadas épocas: «...nuestro sentido, oral o conciencia es una facultad nacida y crecida al calor de los sentimientos sociales, fuertemente guiado por la aprobación de nuestros semejantes, la censura, el castigo, la extensión de nuestras simpatías por el hábito, el ejemplo y la imitación, la experiencia, el interés personal, la razón, el desenvolvimiento físico, los ideales estéticos, científicos y filosóficos. Es relativa, modificable, biológica y socialmente»⁵⁹. El determinismo individual converge, pues, con el determinismo histórico-social. La Etica sociológica de Ferreira es biologista, naturalista y materialista, incapaz de trascender al hombre como animal. Es la ética positivista del siglo XX.

Su acción pública y educadora fue testimonio de sus ideales positivistas. Nombrado Director General de Escuelas de la provincia de Corrientes inició una obra de proyecciones nacionales, estimulando la educación primaria en la línea sarmientina de creación de escuelas, y llamando a educadores de prestigio para acompañarlo en su gestión. Renovó los planes de estudio y los métodos de enseñanza, basándose en la acción y pensamiento educativos de la Escuela Normal de Paraná.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 59.

⁵⁹ Véase su trabajo «Bases científicas de la educación moral», en su obra *Ensayos de Etica*, Buenos Aires, 1944.

Para consolidar su obra educativa fundó en 1895, en Corrientes, la Revista *La Escuela Positivista*, aunque abierta a las más diversas direcciones ideológicas. Su labor se completó con la fundación del *Comité Positivista Argentino*, en 1924, presidido por él, y la creación más perdurable de todo el movimiento, la revista *El Positivismo*, publicada entre 1925 y 1938.

El científico que mejor representa la línea evolucionista del positivismo, en opinión de Farré, es Florentino Ameghino. La lectura de *Los primeros principios*, de Herbert Spencer influyó fuertemente en su concepción del mundo. Contrariamente a la tendencia de muchos científicos de la época, apunta Farré, explicó la perduración de las leyes naturales, sin admitir su eternidad e inmutabilidad: «Las que llamamos leyes naturales, eternas e inmutables, con excepción de las muy pocas que rigen los infinitos nada tienen de eterno y tienen muy poco de inmutable»⁶⁰.

Su concepción parece superar el positivismo y señalar nuevas directrices en el ámbito moral y espiritual, que con posterioridad dieron sus frutos en el pensamiento argentino.

Carlos Octavio Bunge, citado por Farré entre los primeros representantes del positivismo, es a su juicio «el más consecuente de los positivistas argentinos. Es cáustico y burlón con todas aquellas doctrinas y tendencias que pueden dar lugar a la metafísica; ve en ellas un peligro de regreso al escolasticismo. Aunque cree en la ciencia moderna, no quiere aceptarla como un valor definitivo»⁶¹.

Carente de una mente especulativa, Bunge reduce los problemas a pura psicología y rechaza cualquier idea que no suponga la observación. De donde se deriva la relatividad del conocimiento: «Nuestra relatividad imposibilita la comprensión de lo absoluto. Lo único absoluto que sabemos, ha dicho Comte, es que para nosotros todo es relativo. Queda así excluido de las investigaciones humanas en cuanto se refiere a lo infinito, a lo eterno, a la cosa en sí, al primer principio y al último fin»⁶².

En su extremo positivismo llegó a no admitir nada que no pudiera ser demostrado inductivamente. La aplicación de este principio a la educación, sociología y, especialmente, al derecho le condujo a relativizar toda verdad al sujeto, al medio y al momento. Por eso, dice Farré, «resulta difícil no considerarlo como escéptico, a pesar de su entusiasmo ingenuo, muy propio de la época, por los adelantos científicos»⁶³.

El positivismo científico de José Ingenieros recibe un mayor tratamiento en la obra de Farré, en apartados relativos a su concepción de la

⁶⁰ *Cincuenta años... op. cit.*, p. 63.

⁶¹ *Ibidem*, p. 67.

⁶² C.O. BUNGE: *El derecho, ensayo de una teoría jurídica integral*, Buenos Aires, 1915, t. 1, p. 11.

⁶³ *Cincuenta años... op. cit.*, p. 67.

filosofía de la moral y de la metafísica. Tratado con simpatía por este autor, Ingenieros representa el signo de una época: «Mucho le debemos, si no precisamente en filosofía, por lo menos en psicología y sociología. Despertó el interés por nuestra realidad próxima; sus adeptos expusieron y estudiaron lo que hemos sido y somos, reuniendo un material valioso que, si no siempre fue interpretado ajustadamente, sirvió de punto de partida para estudios menos comprometidos»⁶⁴.

De hecho, la crítica de su positivismo la fue realizando a medida que nuevas ideas más progresistas y abiertas iban ganando terreno. Sin ignorar las tendencias coetáneas de corte espiritualista de su época, las rechazó apriorísticamente, sin prestarles la menor atención, considerándolas residuos de épocas pasadas.

Su pensamiento osciló entre el positivismo y el evolucionismo, aunque por su formación de psiquiatra y de biólogo se inclinó más hacia los desarrollos doctrinales de Spencer y Le Dantec que de Comte⁶⁵. Pese a estar condicionado por el cientificismo de la época que vive —monista, evolucionista y determinista— ensaya una explicación de aquello que se escapa al campo de la experiencia, al campo de la ciencia: «la infinita posibilidad de problemas que exceden la experiencia humana implica la perennidad de explicaciones hipotéticas que constituyen una metafísica»⁶⁶.

La metafísica «sui generis» de Ingenieros recibe una dura crítica por parte de Farré, quien le achaca que explica como debe ser, sus características, métodos y procedimientos, pero no presenta problemas específicos. Su posición metafísica —dice Farré— «ha merecido elogios desmesurados; pero, una vez sometida a análisis, se advierte que ofrece originalidad muy escasa o casi nula. Es un fracasado intento de vencer un positivismo que lo tenía ceñido vigorosamente»⁶⁷.

No obstante, el solo hecho de plantear dentro del positivismo el problema metafísico, la aspiración a la unidad científica y al conocimiento de lo que trasciende la experiencia, supone una crítica interna a las limitaciones de esta corriente de pensamiento. Con razón se afirma que con Ingenieros empieza a decaer el positivismo.

Su discípulo Anibal Ponce, el representante más destacado del materialismo marxista ortodoxo en la Argentina, vio en Ingenieros «el punto

⁶⁴ *Ibidem*, p. 70.

⁶⁵ La explicación que FARRE da de ello es la siguiente: «La modalidad del inglés SPENCER se presta mucho más que cualquier otro positivista y evolucionista, para captar la atención de un pensador argentino de múltiple curiosidad, que se extiende desde las investigaciones biológicas hasta la búsqueda de explicaciones metafísicas, pasando por la historia, la sociología y la moral», *op. cit.*, p. 71.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 80.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 82.

de partida de dos modas filosóficas: la del positivismo expirante que le precediera, la del espiritualismo naciente que la sucedió»⁶⁸.

Farré valora su significado en la filosofía argentina con las siguientes palabras: «La atención de Ingenieros estaba fija en la actualidad europea de su tiempo, con la admiración un poco ingenua por los logros de la ciencia... Estaba al día, aunque, es un pensador que aspira a hacer filosofía, estar al día significa frecuentemente carencia de hondura y seriedad metafísicas.

Pero bajo este aspecto, no se le puede negar el mérito a pesar de sus exageraciones de haber introducido tendencias y doctrinas que debían contribuir a estimular, en pro o en contra, la reconsideración de posiciones menos adecuadas. Fue un entusiasta introductor de nuevas ideas que remozaron nuestra cultura»⁶⁹.

III. *Algunos intentos de interpretación sociológica del pensamiento positivista: Anibal Ponce, Berta Perelstein y Leopoldo Zea*

Frente a los diversos enfoques preferentemente filosóficos, que hemos venido exponiendo, de los problemas que plantea la caracterización y ubicación del positivismo argentino, se han dado, recientemente, algunos ensayos de hermenéutica sociológica del pensamiento hispanoamericano que ofrecen una explicación muy distinta del movimiento positivista en base a su coyuntura histórica.

La relación íntima existente entre los acontecimientos sociopolíticos de las repúblicas americanas y su desarrollo cultural ha sido puesta de relieve por la historiografía de las ideas hispanoamericanas en varias ocasiones⁷⁰.

Esta modalidad de la historiografía del pensamiento hispanoamericano tiene sus precedentes en las investigaciones histórico-sociológicas y en las correlaciones socio-políticas señaladas por los intelectuales positivistas a principios de este siglo.

Tales antecedentes, olvidados por gran parte de los historiadores contemporáneos, encuentran, excepcionalmente, su prolongación histórica en ciertas investigaciones de carácter mixto filosófico-sociológico, como es el caso de la obra de Ricaurte Soler *El Positivismo argentino*.

Pero la mayoría de las interpretaciones sociológicas del pensamiento

⁶⁸ A. PONCE: «José Ingenieros, su vida y su obra» en *Revista de filosofía*, enero de 1926, año XII, p. 1.

⁶⁹ *Cincuenta años... op. cit.*, p. 83.

⁷⁰ Destacan en particular los ensayos de F. GARCIA CALDERON: *Les Démocraties Latines de L'Amérique*, Paris, 1912 y W.R. CRAWFORD: *A Century of Latin-American thought*, Cambridge, Mass., 1945

hispanoamericano tienen hoy día un origen marxista y dentro de este espíritu se desarrollan las tendencias histográficas más recientes ⁷¹.

En el caso concreto del positivismo argentino encontramos esta interpretación en las obras de Aníbal Ponce, amigo, discípulo y continuador de la obra de Ingenieros, llegó al marxismo por una preocupación científica exclusivista que le encerró en el positivismo y materialismo. Adoptó una perspectiva sociológica tan estricta que llegó a interpretar en forma mecanicista, las teorías pedagógicas y filosóficas europeas como simples instrumentos ideológicos de clases sociales dispuestas a afirmar su preeminencia política y social ⁷².

Por su parte Berta Perelstein considera que tanto el positivismo argentino como el movimiento antipositivista que le sucedió no fueron más que expresiones ideológicas de un determinado grupo social, la burguesía, en coyunturas históricas específicas. Considera, por tanto, a la burguesía argentina como la realidad social que fundamentó y condicionó ambos movimientos filosóficos.

El positivismo representó «una de las formas de disolución del pensamiento de la burguesía desde su ascenso al poder hasta los comienzos de su declinación»; el antipositivismo, a su vez, ocultaba su verdadero propósito de «desprestigiar la tradición ideológica argentina fundada en el pensamiento científico y materialista e introducir la suma de ideologías más decadentes de nuestra época» ⁷³.

La interpretación sociológica que Leopoldo Zea ofrece del positivismo hispanoamericano, y dentro de este marco, del positivismo argentino, no se diferencia sensiblemente de la anterior. Importa la burguesía argentina al igual que a los socialistas argentinos la defensa a ultranza del positivismo por ofrecer la mejor justificación teórica de sus intereses, «Así como la burguesía —confirma Zea— encontraba en *Spencer*, la justificación de su individualismo y en *Darwin*, la de su predominio sobre los que juzgaba menos aptos, el socialismo argentino encontraba en los mismos la justificación de las luchas de la clase proletaria. Tal será la interpretación que del positivismo inglés harán José Ingenieros y Juan B. Justo. Dentro de esta interpretación se encuentran algunos trabajos de Carlos Octavio Bunge» ⁷⁴.

⁷¹ Véanse como ejemplo las interpretaciones de Leopoldo ZEA sobre el positivismo mexicano en sus obras *El Positivismo en México*, México, 1943 y *Apogeo y decadencia del Positivismo en México*, México, 1944; y los de Francisco LOPEZ CAMARA: *La génesis de la conciencia liberal en México*, México, 1954.

⁷² Consúltense sus trabajos: *José Ingenieros, su Vida y su Obra, y Educación y lucha de clases*, en *Obras completas*, Buenos Aires, 1954.

⁷³ B. PERELSTEIN: *Positivismo y Antipositivismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1952, p. 8.

⁷⁴ L. ZEA: *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del Romanticismo al Positivismo*, México, 1949, p. 293.

La crítica a esta clase de interpretaciones sociales del pensamiento, no fundamentadas en investigaciones profundas sobre las estructura económica y social de las sociedades que lo condicionan, fue realizada hace ya años por Lucien Febvre, quien puso de relieve la carencia de investigaciones socio-económicas⁷⁵.

Por otra parte, el incipiente estudio del positivismo argentino en lo que él tiene de característico, desde el punto de vista de la teoría filosófica y sociológica no permite arribar a tales conclusiones.

Llama la atención el hecho de que las imputaciones sociológicas de los autores citados están hechas directamente en función de los grupos sociales —en este caso de la burguesía argentina— y no de la ideológica que expresa los intereses de tales grupos.

Además, resulta pradojico que los representantes de la burguesía argentina, que Zea asimila a la generación de 1880, revelen en sus escritos claros sentimientos antiburgueses⁷⁶.

El desacuerdo existente hasta la fecha sobre el valor y el alcance de determinadas categorías conceptuales tales como burguesía, clase media, etc, dificulta la investigación sobre la sociología del pensamiento hispanoamericano.

Estas consideraciones no pretenden minimizar el significado de las obras citadas, pues su valor es incuestionable desde el punto de vista de la reconstrucción histórica que llevan a cabo de las diversas corrientes de pensamiento, en este caso del positivismo, eliminando las posiciones simplistas que interpretan los movimientos ideológicos hispanoamericanos como simples reflejos de los europeos. Más bien desean avisar sobre la ilegalidad de los métodos utilizados, ya que se tiende a considerar cada corriente de pensamiento en función de los grupos sociales que los fundamentan, lo cual priva de efectividad científica a tales enfoques.

Sin la base de investigaciones históricas previas que tomen en consideración las estructuras sociales reales y las económicas, no es posible realizar estudios empíricos serios sobre la sociología del pensamiento americano.

IV. *Las modalidades teóricas propias, filosóficas y sociológicas, del positivismo argentino*

El historiador panameño Ricaurte Soler, consciente de las dificultades que entraña la interpretación histórico-social de cualquier corriente

⁷⁵ Véase su artículo «Histoire sociale ou histoire littéraire?», en *Revue de Synthèse*, t. III, mars-décembre, 1932.

⁷⁶ José INGENIEROS afirmó haber sufrido la influencia del intelectualismo anti-burgués de uno de los miembros más destacados de esta generación, José María Ramos Mejía. Véase *Ciencia y filosofía. Seis ensayos*, Madrid, 1918, p. 12.

de pensamiento, aborda en su obra *El positivismo argentino*, la reconstrucción histórica de las teorías positivistas, filosóficas y sociológicas, en búsqueda del valor intrínseco de tales teorías; es decir, de las modalidades teóricas propias del positivismo argentino y sus relaciones con el positivismo europeo.

La importancia de este tipo de trabajos, centrados en el estudio de los aspectos teóricos y doctrinales, ha sido felizmente ponderada por un historiador del positivismo uruguayo, Arturo Ardao, por su eficaz contribución a una interpretación integral de no importa que período histórico-cultural: «Sin desconocer, ni menos subestimar, las fuentes extraintelectuales de la cultura en cuanto ha sido ésta determinada con el continente por la ingeligencia, aparece regida por el pensamiento filosófico. Las formas políticas, pedagógicas, literarias, artísticas, religiosas, que se han ido sucediendo, se hallan referidas en cada caso a una conciencia filosófica epocal que los trata o los unifica. No queremos decir con esto que lo filosófico goce de autonomía frente a dichas formas, ni aún respecto a las circunstancias reales subyacentes; queremos decir que en lo filosófico se expresa la unidad espiritual del proceso de la cultura americana. De donde resulta ser, no ya incompleto sino carente de un adecuado criterio de interpretación todo estudio del mismo —*en conjunto o en un país aislado*— hecho con prescindencia de semejante hilo orientador»⁷⁷

Es así como el análisis de las direcciones filosóficas que presenta el positivismo argentino, conduce a Soler a la constatación de que esta corriente de pensamiento, desde el punto de vista de la teoría y de la doctrina, sigue una orientación muy diferente a la orientación que tomó en Europa⁷⁸.

Contradiendo criterios aceptados, el historiador panameño señala como el positivismo argentino no adoptó fielmente el sistema doctrinal procedente de Europa. Su esfuerzo se orientó en la superación de los cuadros filosóficos y sociológicos del spencerismo y en el rechazo de las tendencias mecanicistas e intelectualistas desde el interior de una concepción filosófica profundamente naturalista⁷⁹.

Esta orientación del positivismo argentino sólo puede ser comprendida, a juicio de Soler, en función de la realidad social e histórica subya-

⁷⁷ A. ARDAO: *Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay*, México, 1950, pp. 12-13.

⁷⁸ En opinión de SOLER el positivismo argentino «no implica ni el neo-positivismo de MACH ni el positivismo sociológico de la escuela de DURKHEIM; contiene sin embargo el comtismo, el científicismo y el agnosticismo», véase *El Positivismo argentino*, op. cit., pp. 265-266.

⁷⁹ Una breve síntesis de las conclusiones filosóficas y sociológicas del positivismo argentino, su originalidad y su carácter antimecanicista y anti-intelectualista puede leerse en la Conclusión general de la obra de SOLER cit., pp. 253-265.

cente. Por esta razón, plantea en su obra la interdependencia existente entre el pensamiento filosófico y sociológico del positivismo argentino y las doctrinas sociales y políticas imperantes en la época.

Ignorar la importancia decisiva de los factores sociales y políticos en la formación de la mentalidad positivista de la época conduciría a una explicación ininteligible del contenido de este pensamiento históricamente.

Se da el caso de que fueron los positivistas hispanoamericanos los primeros que desarrollaron algunos postulados de la sociología del conocimiento interesándose por las correlaciones existentes entre la política y la filosofía. La teoría del paralelismo político-filosófico de José Ingenieros, expuesta en su obra *Ciencia y Filosofía. Seis ensayos*, abrió una puerta a futuras investigaciones sobre la significación histórica y social de cualquier forma de pensamiento: «Cada sistema de ideas ha correspondido a un orden social: ha nacido y servido en «función de un medio». Los grandes cambios sociológicos han coincidido con variaciones en los sistemas de ideas»⁸⁰.

Teniendo, no obstante, en cuenta las dificultades y limitaciones que existen a la hora de realizar la interpretación sociológica de cualquier corriente de pensamiento, debido, fundamentalmente, a la insuficiencia de las investigaciones histórico-sociales, Soler ensaya una hipótesis de trabajo en lo que respecta a la significación histórica y social de esta particularidad del positivismo argentino.

Sobre la base de las conclusiones extraídas de las teorías filosóficas y sociológicas argentinas, el historiador panameño defiende que el positivismo argentino no se presentó dependiente del evolucionismo mecanicista de Spencer; fundamentó sus concepciones no sobre los resultados de la evolución, sino sobre los factores biológicos que la determinan. La vuelta a Darwin posibilitó una nueva orientación «naturalista» basada en una filosofía radicalmente biológica, anti-intelectualista y anti-mecanicista.

Desde 1880 la sociedad argentina y sus círculos culturales más representativos poseen un fondo común de ideas que revela una concepción del mundo naturalista. Los elementos presentes en esta Visión del Mundo —monismo naturalista, actitud anticlerical y antitrascendentista— calan fundamentalmente en los literatos y hombres de letras que adoptarán un pensamiento místico-naturalista frente a los grupos conservadores y católicos. Estas actitudes se relacionan a su vez, en tanto que formas ideológicas, con la postura de rechazo de los positivistas argentinos hacia el tradicionalismo católico: «En efecto —afirma Soler— sus ideas socio-políticas no pretenden conservar en forma alguna —por ejemplo— ni la religión, como era el caso de *Comte y de Spencer*, ni el orden social establecido, como era el caso de la generalidad de los positivistas europeos. Aun cuando los primeros científicos, los de la generación de 1880, defen-

⁸⁰ *Ciencia y Filosofía, op cit.*, p. 195.

dían la democracia liberal, el carácter «negativo», «crítico», «no positivo» (como diría Comte) se manifiesta con claridad, sobre todo cuando estas doctrinas eran utilizadas como instrumento de lucha contra el conservatismo y el catolicismo»⁸¹.

La democracia liberal defendida por los positivistas tuvo así un carácter «crítico» e incluso revolucionario, en razón de la fuerza de las tendencias conservadoras persistentes.

La aceleración del ritmo histórico de la sociedad argentina, las grandes inmigraciones y el desarrollo global de la sociedad determinó la aparición de un proletariado cuya acción política y social comenzó a sentirse a fines del siglo XIX. El carácter «crítico» de la democracia liberal, expresión de los grupos sociales (burgueses), se entroncó entonces con el carácter reformista y revolucionario de las doctrinas socialistas. El positivismo argentino tuvo que fusionar ambas doctrinas sociales.

Las particularidades de la historia socio-política argentina posibilitó el encuentro, en la misma filosofía positivista, de la democracia liberal con el socialismo. «Estos factores —concluye Soler— permitieron al naturalismo identificarse con las luchas políticas y sociales del proletariado cuando esta clase comenzó a jugar un papel histórico importante en la sociedad argentina»⁸².

En resumen, la originalidad del positivismo argentino debe ser comprendida en función de su coyuntura histórica. Adaptando sus teorías a las últimas conclusiones de las ciencias naturales y morales, el positivismo argentino desarrolló un naturalismo peculiar, «Si el positivismo argentino —argumenta Soler— no hubiera sido más que un reflejo de los sistemas europeos, no podría explicarse por qué se orientó en un sentido diferente dando origen a un naturalismo sui generis y a un biologismo característico»⁸³. El sentido crítico que asumió el positivismo argentino ante posiciones contrarias al progreso, dio fundamentación filosófica, sociológica y ética al orden liberal del 80.

A partir de 1920, una tendencia de inspiración idealista y espiritualista desplazó en la historia de la cultura argentina a la sociología positivista y científicista. Las categorías científicistas cedieron el lugar a la nueva conceptualización neo-espiritualista, neo-kantiana y neo-idealista. Kant y Bergson suplantaron en las aulas universitarias y en el ambiente espiritual a los sociólogos positivistas. Las nuevas tendencias filosóficas, en cuanto super-estructuras de la ciencia, desplazaron al positivismo.

⁸¹ *El Positivismo argentino, op. cit.*, pp. 265-266.

⁸² *Ibidem*, p. 267.

⁸³ *Ibidem*, p. 265.

V. *El positivismo jurídico*

El positivismo europeo tuvo un particular reflejo de adaptación en el campo de las ideas jurídicas en la Argentina. La voz «positivismo», utilizada durante casi un siglo en el campo jurídico, fue usada ampliamente, con un sentido pragmático, por los juristas argentinos, dificultando de esta manera su adecuada caracterización.

No obstante, las tendencias más significativas de este movimiento en el mundo del Derecho fueron el «positivismo científico» y el «naturalismo jurídico».

La primera de ellas apareció en el propio desarrollo de la Escuela Histórica alemana y sus postulados. El Derecho quedaba sometido en la concepción de los juristas alemanes Jorge Federico Puchta (1798-1846) y Bernardo Windcheid (1817-1892) a un sistema de derecho positivo en el que las consideraciones éticas, políticas o económicas no eran asunto de especialistas⁸⁴.

Esta tendencia que hacía derivar el Derecho exclusivamente de los resultados de la Teoría de Derecho y propugnaba una ordenación jurídica organizada e independiente se nutrió para ello de dos grandes vertientes: del antiguo derecho romano y de la elaboración conceptual realizada por el Derecho Natural racionalista.

La influencia de esta concepción, afirma el historiador del Derecho argentino Victor Tau Anzoátegui, «ha sido tan poderosa que ha conformado durante muchas décadas, y aún a pesar de las críticas, la mentalidad jurídica en los países de derecho de tradición romano-católica. La doctrina de la Escuela y sus autores gozaron de vasta repercusión, sobre todo después de la sanción de la obra más acabada de este movimiento: el Código Civil alemán de 1900»⁸⁵.

Simultáneamente, la influencia de las doctrinas formuladas por Comte, Spencer, Darwin y su proyección al campo del Derecho, especialmente a partir de 1880 generaron, en la Argentina, lo que se ha denominado globalmente «naturalismo jurídico».

Esta corriente, cuyo punto de partida se encuentra en el auge experimentado por las ciencias naturales en el siglo XIX, elaboró una concepción del Derecho más equilibrada, lejana a los excesos del derecho científico y al empleo del método exegético.

Dos vertientes influyeron en la mentes de los juristas argentinos ad-

⁸⁴ Sobre el positivismo jurídico en general, véase la obra de J. M. RODRIGUEZ PANIAGUA: *Historia del pensamiento jurídico*, vol. II, Madrid, 1972. Relativo a la Escuela Histórica puede consultarse WIEACKER: *Historia del derecho privado de la Edad Moderna*, Madrid, 1937.

⁸⁵ V. TAU ANZOATEGUI: *Las ideas jurídicas en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, 1977, p. 107.

critos a esta tendencia, la «biologista» (desarrollada por Darwin) y la «mecanicista» (representada por Spencer). La primera de ellas interpretaba el Derecho como función de la vida natural, siendo su representante más destacado Florentino Ameghino. La línea «mecanicista» aplicaba el método causal, concibiendo el Derecho como resultado de causas y efectos.

El exponente del «naturalismo» en el mundo social fue el llamado «positivismo sociológico» o «positivismo», a secas. Su fundador, Augusto Comte, rechazaba todo conocimiento metafísico o a priori ateniéndose exclusivamente a lo que estaba puesto o dado, a lo «positivo». El positivismo quedaba así sometido a la búsqueda de los hechos y sus leyes. El Derecho, entendido como una manifestación más de la realidad, del mundo social, debía explicarse por una serie de causas eficientes económicas y psicológicas-sociales.

El impacto de estas doctrinas en muchos juristas de las generaciones de 1880 y 1896 perduró aproximadamente hasta 1920, fecha en la cual su influencia comenzó a decaer.

Conviene igualmente destacar la importancia del «método histórico», elevado por el positivismo y concretamente por el naturalismo jurídico al primer plano de la ciencia moderna. Todas las ramas del derecho, Historia del Derecho, Derecho Penal, Derecho Constitucional, Sociología jurídica, etc., se beneficiaron, en mayor o menor medida, de la influencia renovadora de la historia.

La cultura jurídica argentina de las últimas décadas del siglo pasado y primeras del actual se nutrió de las novedades positivas y negativas introducidas por las corrientes histórico-positivas. Junto al interés por el estudio de la realidad social y los fenómenos nacionales destaca la validez del método histórico como vía insoslayable para el estudio del pasado jurídico nacional.

En el lado opuesto, la influencia negativa de los rígidos esquemas evolucionistas y materialistas de la filosofía dominante infiltraron igualmente las tesis de los juristas argentinos.

La presencia de estos elementos en la enseñanza del derecho y en el campo de la investigación se observa durante la etapa positivista en la Universidad de Buenos Aires, tal y como ha demostrado el historiador del derecho Abelardo Levaggi⁸⁶.

Queda por hacer un balance sereno y objetivo de la aportación de positivismo al desarrollo del pensamiento iberoamericano y, de forma específica a la creación de una cultura nacional. La perspectiva histórica de la que hoy disponemos nos aleja de posturas extremistas que le niegan todo mérito, considerándolo como un momento totalmente estéril.

No se le pueden desconocer valores afirmativos, pues sin duda impul-

⁸⁶ Véase su obra, *El cultivo de la historia jurídica en la Universidad de Buenos Aires entre 1876 y 1919*, Buenos Aires, 1977.

só el primer despertar a la reflexión filosófica, aunque en el caso iberoamericano esta reflexión se vio favorecida por la importación parcial de sistema europeos. Francisco Romero, sin desconocer los fallos que entrañaba como filosofía, advierte que lo que sus detractores le combatían, no era siempre sus limitaciones doctrinales, sino sus postulados sociológicos: «apuntando por elevación a toda una etapa del pasado nacional, era con frecuencia la tradición liberal, laica y civil de la nación, tradición que, en parte con razón y en parte sin ella, se consideraba consolidada y respaldada, inspirada en sus principios directores por la ideología del positivismo»⁸⁷.

El positivismo nativo o autóctono fue una forma de pensamiento social y político que se produjo con la generación romántica y que estuvo notablemente condicionado por los determinismos sociales. De ahí deriva el carácter independiente y autónomo que se le ha atribuido en relación con las ideologías europeas. Consideramos más acertado hablar de un «realismo social» que los intelectuales proscritos desarrollaron con una marcada orientación civilizadora, que de un «positivismo autóctono».

En suma, ambas corrientes responden a una coyuntura histórica y a unas coordenadas ideológicas distintas que no admiten ser catalogadas bajo el mismo rubro; pese a lo cual, ello no impide que se puedan encontrar en el realismo social (autóctono) ciertas ideas que se repiten en la temática de la sociología científicista de finales del siglo XIX⁸⁸.

La reflexión última que aporta Francisco Romero sobre el positivismo concuerda plenamente con nuestro modo de afrontar la citada corriente de pensamiento: «El positivismo ha muerto; la oportunidad de la agria polémica antipositivista ha pasado. Y va llegando la ocasión de la crítica serena y comprensiva, que juzgue principios y doctrinas, que tome en cuenta los valores duraderos, que estime la significación de sus hombres, muchos de los cuales unieron al ejercicio de las ideas una notable preocupación por el bien público, y de quienes ha recibido una contribución inolvidable el progreso intelectual y social del país»⁸⁹.

⁸⁷ F. ROMERO: *El Positivismo y su influencia. Cursos y Conferencias*, abril-mayo, 1949, pp. 31-35.

⁸⁸ Véase la obra de A. COLMO: *Principios sociológicos*, Buenos Aires, 1905.

⁸⁹ «Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina», en *Cuadernos americanos*, enero-febrero, 1950, pp. 93-115.